

SR. Juan Pablo Bulnes Cerda

Estimado Juan Pablo....

Soy sacerdote diocesano de Santiago desde el año 1987 y me he desempeñado por más de 20 años como párroco en diferentes parroquias de la arquidiócesis. Soy párroco de San Luis Beltrán con casi 60.000 habitantes y decano de este sector. Realicé mis estudios en el Seminario Pontificio Mayor de Santiago y posteriormente obtuve la Licencia en Teología en la Universidad Católica de Chile.

Llegué a participar de la Parroquia del Sagrado Corazón en el año 1976 llevado por mi hermana mayor que participaba frecuentemente. Allí conocí al padre Fernando Karadima Fariña celebrando la misa de 20 hrs. como hacía habitualmente. Me impresionó el amor y sobriedad con que celebraba. Me incorporé a la acción católica con varios compañeros del colegio en un grupo numerosísimo de jóvenes muy entusiastas y acogedores. Sentí una gran tranquilidad al experimentar la libertad con que todos asistíamos a la vida parroquial y especialmente a las reuniones que hacía el padre Fernando. Se vivía la fe con toda naturalidad.

Después de algunos meses empecé a confesarme con el padre y le pedí que fuera mi director espiritual. Lo acompañaba casi diariamente a visitar enfermos, matrimonios, bendiciones de argollas, funerales y por supuesto en los momentos de oración del rosario, la Misa y la adoración eucarística. Muchas veces me invitó con otros compañeros a rezar al santuario de Lourdes, a visitar a las religiosas de la Visitación y también cuando iba semanalmente a confesarse con el Padre Mauricio Riesco SJ, quien fue su director espiritual por casi 40 años. En todos estos momentos el padre infundía en nosotros un amor grande por el absoluto de Dios que daba sentido a nuestras vidas. Me llamaba la atención el celo con que llevaba su ministerio preguntándonos frecuentemente "si Cristo ocupaba el primer lugar en nuestras vidas". Al seguir a Cristo nada se debía interponer y nos proponía que valía la pena dejarlo todo para compartir la vida con el Señor.

Esta radicalidad no sólo era predicada sino que yo notaba que florecía de su misma forma de vida con transparencia donde oración y trabajo estaban muy bien unidos. Pero no se acababa aquí sino que se expandía también cuando lo acompañábamos los días de descanso, los lunes y en las vacaciones fuera de Santiago. En el campo y en la playa se respiraba una gran alegría y sencillez sin ninguna gravedad ni fingimiento. Siempre un grupo numeroso al que se iba agregando algunos seminaristas. En todo este tiempo nos acompañaba la figura del P Alberto Hurtado, que aún no se sabía se canonizaría tan pronto. Sus palabras y su ejemplo eran el horizonte del padre Fernando quien se esforzaba por que fuera difundido su mensaje ya que había sido su guía por más de 5 años y en ese tiempo en nuestra patria era bastante desconocido.

Su contacto con Dios no lo alejaba de las cosas sencillas, como la preparación de un rico te, cuando nos reuníamos en la casa parroquial, la celebración de algún cumpleaños de algún colaborador o un aniversario sacerdotal. Lo mismo en su preocupación por el adorno del Santísimo Sacramento en la capilla de la reserva: flores, lámpara, velas etc. Iba infundiendo en mi vida un amor al ministerio que involucraba tareas pequeñas pero que por el Señor resultaban ser grandes cosas.

Un lugar especial en su vida ocupa su familia a la que de alguna forma nos incorporaba. Al morir su padre fue haciendo las veces de hermano mayor y principal apoyo de su madre la señora Elena fariña con quién vivía en contacto diario hasta su muerte el año 19...Ella también nos acogía familiarmente y se interesaba con cariño de los que teníamos alguna inquietud vocacional o caminaban ya derechamente al sacerdocio. Como contagiada por el amor al ministerio que manifestaba su hijo Fernando ella nos impulsaba a que lo acompañáramos cada día.

En medio de esta vida parroquial el Señor fue acentuando la llamada que sentía desde muy temprana edad y que no había manifestado a nadie. Al plantearle mis deseos al padre, él me dijo: “puede ser... veámoslo”, con lo cual comencé un tiempo de discernimiento de varios años. El año 1978 me propuso entrar al seminario pero yo respondí “que prefería esperar un año para estar más seguro de mi vocación” y madurar con su ayuda y la vida parroquial. Con gran comprensión me acogió y seguimos adelante. El año 1980 entré al seminario donde me formé hasta ser ordenado el 15 de agosto de 1987.

La dirección espiritual que retomé en ese tiempo como sacerdote con el padre Fernando me ha acompañado hasta el día de hoy.

En el grupo de acción católica conocí más de cerca a Hans Kast que luego entraría también al Seminario. Nos unía la cercanía con su familia ya que su hermana Verónica estaba pololeando con mi hermano Andrés y se casarían el 1980. Hans, con su forma personal un tanto estructurada, mantenía una gran cercanía con el padre Fernando y la parroquia de quienes se manifestó siempre públicamente muy agradecido. Con frecuencia íbamos a la casa de sus padres y su casa en Puerto Varas donde pasamos muchas vacaciones de verano. Toda su familia gozaba con que fuéramos y compartiéramos con ellos. La señora Olga, mamá del padre Hans, me decía frecuentemente “Jaime ¿cuándo van a ir a Puerto Varas?”, “¿por qué no han venido a nuestra casa?”.

Poco a poco nuestra amistad se fue enfriando y Hans se centró más en los estudios y las clases llegando a convencer a su familia “que él era para los libros más que el ministerio”. Los que lo conocíamos de cerca nos parecía extraño ya que sus dotes intelectuales eran sencillos y su capacidad pedagógica bastante limitada. Con poco discernimiento tomaba compromisos serios que le gustaba ocultar hasta a los más cercanos, como cuando se cambió legalmente el nombre para que no se dieran cuenta que era alemán. En algunas cosas manifestaba una obsesión como en la cantidad de rejas, alarmas, libros y ampollitas de ahorro de energía. Estas cosas lo fueron distanciando del grupo de sacerdotes y creo que también del padre Fernando quién era su director espiritual.

Jaime Tocornal

Párroco